



El 27 de febrero de 1767, el rey Carlos III, “estimulado de gravísimas causas [...] que reservo en mi real ánimo”, ordenó la expulsión de los jesuitas de todos los territorios españoles. El virrey Marqués de Croix recibió el decreto el 20 de marzo, y Gálvez lideró su ejecución en México. En Baja California, la orden fue encargada al nuevo gobernador, Gaspar de Portolá. Ante el caos que se estaba provocando, Gálvez instó al virrey a buscar sustitutos, y los franciscanos asumieron las misiones jesuitas.

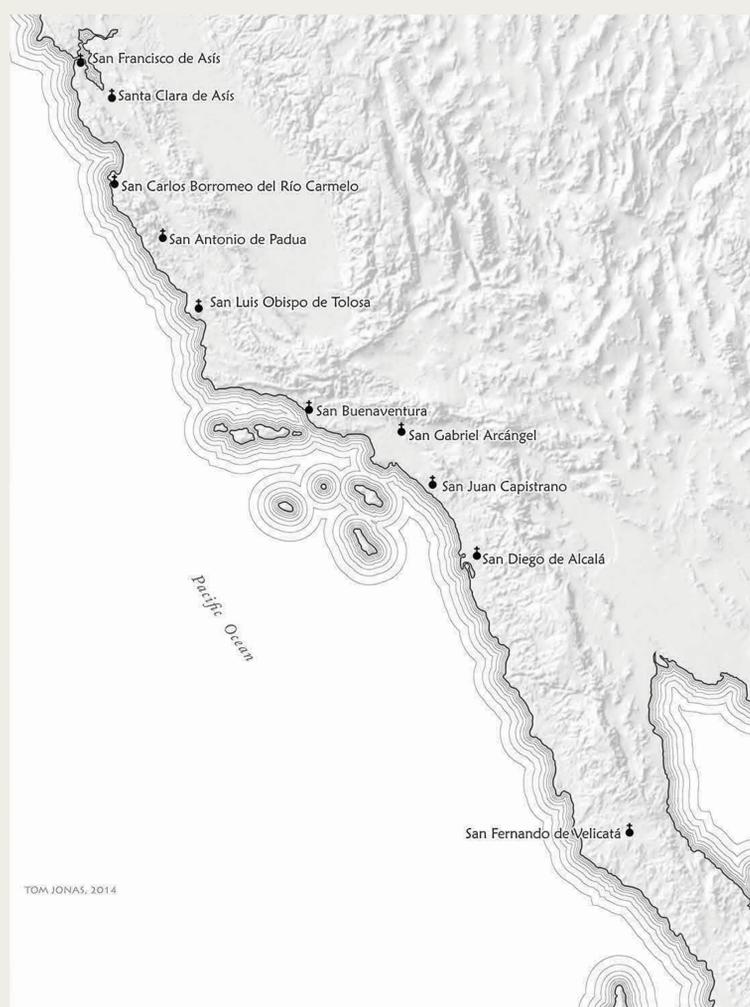
Fray José García nombró a Junípero como superior de quince franciscanos destinados a Baja California, entre ellos Francisco Palóu, Juan Crespi y Fermín Francisco Lausén. **Junípero vivió en un mundo centralista y frecuentemente enfrentó a las autoridades gubernamentales, con quienes tuvo tensiones constantes. Antes de morir, lamentaba que el proceso de evangelización había sido lento porque quienes debían colaborar se volvieron obstáculos.**

Junípero esperaba que los soldados fueran ejemplos de cristiandad y que el Estado facilitara la evangelización. Sin embargo, las autoridades exigían que la Iglesia integrara a los indios en la sociedad. Esta tensión lo convirtió en una molestia para los poderosos, aunque ocasionalmente colaboró en proyectos comunes.

En una carta de 1775 al virrey Bucareli, Junípero pidió: “Si los indios llegasen a matarme [...] que por favor los perdonasen. [...] Si yo viera un decreto formal de Vuestra Excelencia en este asunto sería un gran consuelo”. Junípero confiaba en su amor paternal hacia los indios como la clave de su labor. En 1765 escribió: “La primordial cualidad que constituye y adorna a los superiores es esa clase de amor que los padres tienen por sus hijos”.



Grabado representando la expulsión de los jesuitas en 1767



Misiones de Junípero en la Alta California, pueden reconocerse los nombres de las ciudades que crecieron en esos mismos lugares (Tom Jonas, cortesía de la University of Oklahoma Press)

